

El “racismo” como un utensilio

“Mi delito es ser indio”. Política y racismo en Bolivia (2006-2021)

María Teresa Zegada C. y Gabriela Canedo V.

CERES, Plural, La Paz, 2023



Rafael Loayza Bueno⁶

Desde la lucha de los derechos civiles en Estados Unidos en los años sesenta, que puso al racismo y a las “relaciones raciales” en el pico del interés público, la academia tuvo la necesidad de desarrollar reflexiones que, además de explicarlo, permitieran atenuar las contingencias de sus formas más prevalentes. La “opresión, explotación y la revuelta”, individualizadas en las sociedades post-coloniales y post-esclavistas como las secuelas recurrentes del racismo, tendieron a mostrarlo como la anomalía que ponía en apremio al orden social de las sociedades de Occidente. Esta reflexión fue posible desde que las expotencias coloniales (Gran Bretaña, Francia y España) sumadas a las sociedades que usufructuaron del esclavismo y la servidumbre (particularmente Estados Unidos y América Latina) se vieron atestadas por desagregaciones poblacionales descendientes de los sometidos de antaño en busca de remediar su despojo, paradójicamente infringido durante la ocupación colonial y el tráfico de esclavos.

De pronto, la sociedad europea y americana empezó a mirar formas de diferenciación “decadentes” en las zonas periurbanas de sus ciudades más emblemáticas, que se habían encubierto en los paradigmas de la narrativa de modernidad, democracia y libertad. Londres, París, Madrid y Buenos Aires se empezaron a llenar de genealogía pakistaní, marroquí y boliviana (entre otras). Y, por otro lado, mientras Nueva York, Sao Paulo y Rio de Janeiro acumularon la pobreza en los afrodescendientes (arrinconados en los guetos de Harlem y en las favelas) Lima, Quito y La Paz (entre otras) no podían

⁶ Docente de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo” sede La Paz. Orcid: <https://orcid.org/0009-0003-9107-4573>
- correo electrónico: rloayzab@ucb.edu.bo

contener las migraciones internas de indígenas rurales que empezaron a tensionar a los herederos "criollos" del poder colonial. Las ansiedades resultantes, xenófobas y racistas (merced a las disputas por el espacio público y el trabajo) activaron un sentimiento de "mea culpa" en los gestores públicos, que motivó a la comunidad académica a desarrollar los estudios coloniales y los paradigmas del multiculturalismo. En Bolivia, como en la mayoría de los países postcoloniales de América Latina, ya que la diferenciación ha brotado del testimonio de la pobreza correlacionada a la etnicidad, la desigualdad ha sido atendida por aquel "multiculturalismo culposo" en los noventa, en una ola de reformas alentadas por los ex poderes coloniales citados e instituciones globales tales como el Banco Mundial y las Naciones Unidas. En este contexto, las políticas multiculturales produjeron, desde las élites castellanohablantes, "revisiones críticas alrededor de diferencia cultural, autoridad social y discriminación política, revelando los momentos antagónicos y ambivalentes de la sociedad moderna" (Bhabha, 2004, p. 212).

Precisamente, Michael Banton puntualiza que, desde los años sesenta, el concepto de "racismo" fue "llamado a servir nuevos propósitos", transformándose en una "idea política" capaz de proponer una nueva forma de "inequidad social" (Banton, 2019, p. 190). Pues bien, "Mi delito es ser indio", de María Teresa Zegada y Gabriela Canedo, atiende acertadamente la proposición de Banton, que distingue al "racismo" como "idea política", desde un sofisticado análisis, primero histórico, que hace un recorrido teórico sobre la relación entre el concepto y la idea de etnicidad a través de la trayectoria histórica del país y, luego analítico, sumergiéndose en aquellos hechos que representan axiomáticamente el uso de la "categorización racial" como herramienta para la socialización política.

En un contexto en el que académicos y analistas bolivianos han empezado a mirar la tracción entre lo étnico y racial (particularmente desde las correlaciones positivas que existen entre la identidad aymara y quechua con la preferencia electoral a favor del Movimiento al Socialismo), el enfoque de las autoras es refrescante y puntilloso, especialmente encajado en el prisma del entendimiento de la relación de dependencia recíproca entre los procesos de construcción de la identidad y los políticos. Hábilmente, el argumento central del libro presenta al "racismo" como un utensilio de "politización de lo social" que se desarrolla en ambos polos del espectro de la polarización actual, y que se transfigura en un recurso elástico para la construcción de electorados vigorosos y de movimientos sociales capaces de afectar a la política. Esta premisa se desarrolla a lo largo del libro, recorriendo los eventos de la "eticización" que ajustaron el carácter "indigenista" en el alegato político del primer periodo del MAS, las elecciones fallidas de 2019 y las tensiones raciales resultantes, el gobierno azaroso de Janine Añez y el encumbramiento de Arce como Presidente, para explicar el ascenso de la "racialización" en la política nacional.

Ciertamente, la correlación entre condición económica e identidad es la primera instancia de politización de lo racial, pues los sucesores de los subalternados son “representados” de “pobres y sometidos”, mientras que los otros de “boyantes y poderosos”, resultando en una pugna que es inevitablemente política. Así, la diferenciación racial de la sociedad boliviana, alimentada por las evidencias del despojo económico indígena, vino del carácter central de la identidad desde las narrativas de las luchas de Katari, Willka y la Alianza de Clases de la Revolución Nacional. Llegó, primero, del sentido de origen común partido y evidenciado en el proceso censal del 2001 (en el que la mayoría indígena fue representada desde el despojo económico) y posteriormente, de un sentido de destino tendente a la desagregación perfeccionado por la pugna por el poder. Stuart Hall diría que la identidad étnica en Bolivia se construyó tanto sobre la base del “reconocimiento del origen dividido”, como de las “características compartidas” de pobreza del grupo y “la lealtad y la solidaridad establecidas en este fundamento” (Hall & Du Gay, 2011, p. 15). Este sentido de origen desemejante está relacionado con los significados del “yo” estereotipado que encuentra en la diferencia al motor de la movilización política (Giddens & Sutton, 2014, pp. 214-215).

Richard Jenkins (2002) argumenta que el nacionalismo, la más política de las identidades sociales, comprende por definición “identificación”, diferenciación, categorización y naturalmente “inclusión y exclusión”. Consecuentemente, la etnicidad y sus personificaciones manifiestas en las percepciones de la raza y el racismo (epifenómenos del ajuste de las identidades diferenciadas de origen) son específicamente formas organizadas y consistentes de entender el mundo (p. 84).

En otras palabras, racismo y nacionalismo son ideologías que emergen del sentido dispar de origen y ascendiente, transformándose en formas de conocimiento que decretan la forma en la que el mundo es, y más crucialmente, la forma en la que debería ser. Precisamente, María Teresa y Gabriela, explican en esta elaborada obra cómo se presenta la aprehensión racial como una tensión entre comunidades diferenciadas que producen ideología (racismo y racialización), como una tensión entre dos actores distinguibles que agencian el hecho político desde la polarización. Finalmente, hay que decir que este libro no solamente es imprescindible para entender los sucesos pasados del país, sino necesario para estimar los futuros, particularmente en un contexto en el que la salud democrática de Bolivia está apremiada por las tensiones de la identidad.

Referencias

1. Banton, M. (2019). *The Idea of Race*. Routledge
2. Bhabha, H. (2004). *The Location of Culture*. Routledge.
3. Giddens, A. & Sutton, P. (2014). *Conceptos esenciales de sociología*. Alianza Editorial.
4. Hall, S. Du Gay, P. (comps.) (2011). *Cuestiones de la identidad cultural*. Amorrortu.
5. Jenkins, R. (2001). *Rethinking ethnicity: arguments and explorations*. Sage.